



Paraiso clausurado

Jenaro Talens

861.6
TAL

Col·lecció Poesia de Paper

67

Paraíso clausurado

Jenaro Talens

Selecció de Àngel Vázquez

Palma, 1998

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS



5105029420

Col·lecció Poesia de Paper

67

Paraíso clausurado

Jenaro Talens

Selección de Ángela Vallvey

Palma, 1998

© del text: l'autor, 1998

© de l'edició: Caixa de Balears «Sa Nostra» i Universitat de les Illes Balears, 1998

Directors de la col·lecció: Francisco J. Díaz de Castro, Perfecto Cuadrado i Albert Ribas

Disseny: Jaume Falconer

Edició: Universitat de les Illes Balears. Servei de Publicacions i Intercanvi Científic. Campus universitari. Cra. de Valldemossa, km 7.5. 07071 Palma

Impressió: Taller Gràfic Ramon. Carrer de Jaume Balmes, 39 i 43. 07004 Palma

DL: PM/ 2031-1997



JENARO TALENS (Tarifa, 1946) enseña Teoría de la Literatura e Historia del Cine en la Universitat de València, tarea que durante diez años compatibilizó con la de profesor de Literaturas Hispánicas en la Universidad de Minnesota. Ha sido asimismo profesor visitante en las universidades de Montréal y Técnica de Berlín. Autor de una decena de libros de ensayo y teoría literaria y fílmica, ha traducido, entre otros, a Shakespeare, Hölderling, Novalis, Stevens y Beckett. Su obra poética, una de las más lúcidas y radicales de la llamada generación del 70 incluye los volúmenes *El vuelo excede el ala* (1973), *El cuerpo fragmentario* (1978) —reunidos en *Cenizas de sentido* (1989)— y *Otra*

escena/Profanacion(es) (1980), *Proximidad del silencio* (1981), *Purgatori* (1983), *Tabula rasa* (1985), *La mirada extranjera* (1985), *El sueño del origen y la muerte* (1988), *Rumor de lo invisible*, *El hostal del tiempo perdido* y *Menos que una imagen*, todos ellos recogidos en *El largo aprendizaje* (1991)

PARAÍSO CLAUSURADO

Y es esta luz (los sueños de la infancia,
el vozarrón acuoso de los ómnibus,
la melancólica decrepitud
con que las olas vierten su murmullo)
tímida luz, dureza de agonía,
no la oquedad sin límites
tras los escombros del amanecer.

La voz al labio acude,
y se rompe, y resbala,
y no sabe cuánta culminación duerme en la noche
su plenitud: pupila
inmensa transcurriendo
entre unos grises párpados sin fondo.

Todo ante ti es silencio, a cuyo tacto,
áspero, el tiempo acrece su gemido.
El chamariz, que es aire (un fogonazo
de oscuridad, la cálida estampida
de los sollozos), gime, desnudez
de un azul que agoniza entre los álamos.
Agonizar, qué triste maniobra
del corazón.

Canta, amor mío,
canta las hojas de los parques,
este sabernos que tampoco sacia,
pero que ofrece dulce compañía;

y tu vivir, hoy lluvia, ya no tierna
erosión, resplandezca
bajo esta humanizada soledad
que tu quietud penetra y convulsiona.

Los sueños que aún perduren
olvídalos, son máscara,
antifaces de sombra para el dolor. Escúchame,
mírame ser: sobre mi rostro adviene
la telaraña humosa de los días.

Aunque ahora vuelvan a cantar, qué calmo
este mítico edén, los gnomos y las hadas,
tanta historia de príncipes
y de princesas que en abanico trenzan su sofoco,
tanto incansable pájaro dormido
de lo que un sueño fue.

Tú continuas
ante la clara umbría del otoño,
frío sopor de isla sin peces ni sosiego,
bajo una luna en paz.

Amor, tu lucidez
qué torpe todavía.
Qué serena la escarpia resbalando
donde, con un chasquido, la luz asoma entre los árboles
y una música fulge
en el silencio.

EINE (ENT)FREMDE(TE) SEELE

la piedra escribe el goce de mi piel

este vapor delgado de la superficie
que el hueso exhala un césped blanquecino
coloreado por la lluvia o más allá
donde florece el aire un barro espeso
borrada toda huella (un neutro olor)
en multitud de cuerpos que me diseminan
tras un rostro sin nombre un hueco así
las cosas como son cambian su imagen
en la guitarra azul

miro los bojés
esta inconcreta desnudez que nada
evoca

este perfume

indefinido

que a nadie magnifica un boj
en un jardín inglés bajo la lluvia
que ignora la belleza cuyo verdor trasmite

un eslabón:

el modo de existir de la materia.

1973

EL SOL ABRE PASO

yo es mutación rostro
que desdibuja un eco interminable

en solitarias horas de imaginación
apagados suenan los trinos el acantilado
el mar que cubre de rojo la hierba junto a la terraza
y la tranquilidad del atardecer

es un lugar oscuro
y ha llegado el otoño

sobre mi cabeza el vuelo de los pájaros

sentado en el silencio del jardín
las manos se reconocen en el momento de rozar este espacio de
sombra
donde hasta el más diminuto escarabajo brilla como una
aparición

bajo las ramas desnudas
qué final dulce para la oscuridad en la colina
la imagen de un camino construyendo su imagen
dos cuerpos que agonizan en el corazón de la noche

1974

CUANDO EL AMOR INVENTA LABERINTOS ALGUIEN SE TIENE QUE PERDER

Tras tanto viaje inútil, después de tantas tentativas de fuga, sin saber con certeza qué y adónde buscar, sin otras convicciones que la de haber escrito sobre lo que viví, o he visto (a menudo, también, sobre lo imaginado o por vivir), tantas frases vacías o escasamente necesarias, ahora, de improviso, vuelvo a sentir cada palabra como un acto de amor. Las alas raramente dejan huellas. Se mueven con la precisión de un dardo, la nostalgia de un fuego donde la voluntad crepita como bajo un difuso cielo de celofán. Y espero. Hay una tierra remota, de voces muy oscuras, de cristales sin cuerpo que hunden sus raíces en la noche. Amo cada palabra porque me obliga a construir los límites de mi silencio, como la yedra construye su fidelidad, su sueño, su armonía, o la espuma rompe sobre la cresta del acantilado tanto en la calma como en la tempestad. Amo los sitios donde la luz fue nuestra, el color de sus nombres, y amo también los que no vimos, porque habrán de obligarnos a inventar sus contornos, y su pequeña historia, y unos pocos recuerdos con que volverlos habitables. Amo, incluso, la muerte, esta forma de muerte, porque obliga a vivir.

1981

ESTOY IMPLICADO EN ALGO

I

Nunca quise ser libre. Sólo hablaba y hablaba
de una confusa libertad. Conozco,
a duras penas, el abismo súbito
que separa un refugio del color del cielo
de este cielo que me cubre con su indiferencia,
mostrando los caminos abiertos ante mí.
Y hoy, primero de abril, bajo la luz de un alba casi amiga
dejo mi casa y mi ciudad, los libros
que tanto amé, las calles, los jardines
y el cuerpo extraño en que busqué mi imagen
sin comprender del todo lo que hacía.
Nada hay atrás que implique una atadura,
quizá algunos residuos de memoria,
algún olor indefinido, un poco
de la nostalgia absurda con que se aparece
cuanto el deseo quiso construir
sin aceptar sus límites inciertos. Esta mañana, al fin
mientras, algo cansado, vuelo entre las nubes,
veo a través de sus resquicios el azul del océano,
la transparencia insólita del aire
y sé que es cierto que soy libre, que
ya no me vivo en nadie, que mi noche
es profunda, y es mía.

II

Supongo que ser libre es estar solo,
aceptar la violencia con que la noche cae,
sin otra compañía que la noche.
Nadie depende ahora de mí. No tengo planes.
Tampoco estoy seguro de la eternidad,
pero, conozco, al menos, mis limitaciones.
Sé lo que quise o que fingí querer
manipulando a veces mi memoria.
Y aquí, sentado, espero mi bebida
entre rostros extraños que me ignoran.
Oigo el confuso parloteo de los comensales
y distingo con nitidez una pequeña ardilla desde la ventana
Juega en el parque, entre la nieve, y no
sabe siquiera que es abril y hace frío.
La luz resbala por sus ojos, como
gotas de lluvia. Abre tu puerta—dice,
y no te ocultes en la oscuridad.
Un falso sol que tiembla en el invernadero
tiñe de azul las lilas y los potos.
Saludo sin pasión a un árbol solitario.
Son malos tiempos para la ternura.

III

Son malos tiempos para la ternura.

Olvida el absurdo vaivén del día y de la noche.
Quédate junto a mí. No tengas miedo.
Sabrás que, al fin, no hay nada misterioso,
cómo y dónde se inicia, tras el maquillaje,
ese monólogo de sombras que llamamos poema.
Yo, que tanto he escrito sobre lo que ignoro,
ya no pretendo comprender. Escúchame,
vivir consiste en enterrar la muerte,
y esas viejas historias, como dijo el anciano,
se parecen tanto todas entre sí.
Tú, viejo profesor, que nada tienes salvo tu deseo,
deja el terror a un lado. Nadie mira.
El mundo es algo ajeno, aunque tu vida esté
sola y desnuda en los escaparates.
Nada de lo que digan eres tú. Ven conmigo.
Andemos juntos esta madrugada.
No hay lugares inhóspitos. El cielo
tan sólo cambia de color, y es dulce, y nos cobija,
y hay tantas nuevas cosas que aprender.

1983

REMINISCENCIAS

¿Cómo serán los árboles aquéllos?

En el noviembre ajeno de South Hadley
el aire es puro, y su verdor sin nombre
duerme en las ramas con indiferencia.
Una ligera lluvia cae sobre los tejados,
sobre la fuente muda, en medio del jardín,
tamizando una luz que baja, no del cielo
(ya perdió la costumbre de ser cielo:
su azul es gris y cruzan nubarrones)
sino desde una opacidad del color de la muerte.
Es otoño en Mount Holyoke, y no quedan huellas.
Otras mujeres, jóvenes, transitan.
Alguna estudia, con dificultad,
y en un idioma extraño que no entiende,
viejas palabras, realidad, deseo,
que traduce y anota con delicadeza
y esa avidez ingenua de quien busca saber.
Luego devuelve el libro. Alguien le llama.
La vida escribe, a veces, el final oportuno.
Sólo un anciano triste recuerda todavía
la imagen de aquel hombre que no hablaba con nadie,
su voluntario exilio en la rareza,
y me pregunta por España, “¿Sabe?
Pronto tendremos nieve; aquí el invierno
es tan húmedo y frío.

Ya apenas salgo de esta casa. Mire,
los pies no me sostienen, y me aburre leer”.
Sé cómo son los árboles aquéllos.
El mismo rojo cárdeno en las hojas
y el viento que las mece en el crepúsculo
imponen a la noche su presencia inmutable,
como si nunca hubieses existido.

1983

COSAS QUE PASAN

Martes por la mañana en Folwell Hall.

El frío dibuja sobre mi rostro una imprevista cicatriz, una
sonrisa extraña, un rictus que sugiere (apenas)
todo lo que el lenguaje de mi cuerpo puede compartir,
demasiado inconcreto para agradecer el peso de tu mano (que no
[está] sobre mi
hombro, mientras camino por anchas calles llenas de lluvia y
[tiendas grises.
No importa lo terrible que pueda ser permanecer sentado en la
[oficina
hablando con la joven del Twin Cities Reader que usa gafas de sol,
oyendo el ir y venir de sus entonaciones en la pesada roca del
[cerebro, y
sin alcanzar a comprender, no lo que dicen sus palabras, (o
lo que ella cree que dicen sus palabras), sino
el ritmo disperso con que su voz me envuelve, bajo la ventana
que da a Pleasant Street, y pienso en el
hombre de aspecto triste, sus enormes zapatos,
el periódico abierto como escudo, las imprecaciones
—aquí unas risas— contra el agua, y cómo siento ahora
hambre y no sed. Me hundo en la silla.
El blanco papel condensa todo mi horizonte,
un cielo sin color donde observar cómo la mañana
aguarda mi resurrección en los últimos días del invierno.

1983

PIC-NIC EN HIAWATHA LAKE

Durante todo un largo invierno has escuchado
[la tormenta,
el murmullo sordo de la lluvia sobre el tambor del lago.
A veces, bajo un luna incomprensible, con
melancolía, contemplaste el latido de los reflectores,
sus telarañas atravesando la decrepitud
de un cielo hecho de musgo y luces grises.
Y pudiste volver tus ojos sobre los destellos
de mil años de nieve, aquí, tan cerca de las nubes, donde
el aire es limpio, y el temblor del agua
difumina el humo de las chimeneas sobre el horizonte,
como en un cuadro. El persistente verdor de las coníferas
alfombra los caminos. Más allá de los setos y a través de los
[árboles,
ver el borroso contorno del ganado sobre las retamas.
Pienso en tiempos distintos, otros lugares que otros hombres
miraron desde aquí, con sus pieles de zorro contra el frío.
Estación tras estación, formando muchedumbres
sin vida, los glaciares surgieron desde una oscuridad de
siglos, hoy vuelta para mí
verde extensión de hierba, en un abril más dulce
porque es el mío, junto a la carretera,
con el zumbido de los automóviles y parejas que ríen.
El anciano con barba que toma el sol tumbado en el ribazo
nos mira como en sueños, sin comprender. Tiene la

piel rojiza y un libro abierto que no lee.
Por la vereda un joven negro baila sobre sus patines
al son de alguna vieja melodía
que nadie escucha. Un niño llama a su mamá.
Llora subido en una rama.
Puedes sentir de pronto un miedo súbito
de conocer, o conocerte, pero
la luz que poco a poco te corroe
ya no ocupa ningún espacio, ni
deja por ello de ser luz. Inerte
y sin pasión, el lago me contempla.
No es un lugar, ni un símbolo.
Es agua simple que refleja el cielo.

1983

DECIR SON MERAS APROXIMACIONES

Ahora ya sé que el júbilo aún existe,
que tu rotundo vientre me unifica
en esta dispersión que ha sido mi ceguera.
Fuiste verdad visible, combustión, palabras
que mis manos llovían sin descanso
desde el temblor de un vértigo insondable.
Una mirada acuosa me sigue desde entonces
y, como quien no cede a tentación, sepulta mi memoria
bajo un humus de tiempo, donde el amor en llamas
borra las sombras. Mírame, desnudo
de tu calor. No hay muerte ni amargura
sino un sol extranjero que pronuncia tu nombre,
su música callada, su delicadeza,
con el fervor de un viento que no olvida.
Sé que este martes de noviembre,
mientras paseo atravesando el frío del otoño,
tu voz me grita desde su silencio,
desde otro cielo y en ningún lugar.
No pude oír desde tan lejos el sonido del aire
pero aprendí a mirarte en cada rostro,
en la agonía verde de los árboles,
en su inasible luz, sabiéndote despierta
de tu profundo sueño, no de mí.

FLASHES EN EL BRICK OVEN

Qué me ofrece el silencio de esta noche,
este amor sin excusa, vuelto aprendizaje?
Paseo por las calles
de esta ciudad extraña
donde incluso las flores tienen dueño.
Miro las nubes grises,
el aire iluminado por una luna artificial,
y escucho el parpadeo de los claxons en la carretera.
Los grajos llueven en bandadas,
vierten su humosa niebla sobre las ardillas,
pero el olor que brota de la hierba
no es un olor distinto
del olor con que noviembre ahora irrumpirá en tu cuarto
diciéndote que empieza a amanecer,
aunque sea otro el mar, otros los árboles
y otro el azul que inunde tu mirada.
El día muere en Austin y estoy solo.
Aquí, de pie, junto al Brick Oven,
pienso en tu cuerpo, en ti.
¿Qué podría ofrecerme esta noche de otoño
que no me ofrezcas tú?

1985

EL LADRÓN DE RECUERDOS

Escribe de mi muerte, dice
ella, desde un silencio
que me interroga aunque no es mío,
con el olor difuso de mil noches
tatuado en sus ojos.
Los vacíos del tiempo,
el transcurrir de sus metamorfosis
lo definen, no las
vagas historias en donde viví,
el espesor con que lo amueblan. Dice
su nombre (el tuyo), el mío: sólo espacio,
una voz neutra que no tiene dueño.
Quizá un sonido, un tono que le pertenecen
y poco más. Las nubes. Yo no sé.
Escribe de la muerte, de
lo que a menudo es sólo su
quizá.

1990

LOS LÍMITES DEL PARAÍSO

(Sobre un cuadro de Jordi Teixidor)

Hoy que la nieve de tantos inviernos
cubre sin deshelarse mi cabeza,
su blancura comienza a salpicar
los senderos abruptos por donde transito:
una hilera de frases que no escucho,
los residuos de un cuerpo,
de este clamor que fue su mediodía.

Atrapada en el fondo de mis ojos,
la cabellera informe de mi pensamiento
derrama su mutismo sobre mí,
me habla de quién, del orden de la noche,
una noche que transcurre con sus ojos ajenos,
con ojos ya no míos, en el límite mismo
que inscribe el ritmo de los pájaros.

Contemplo así, con su estupor prestado,
el ir y venir de las estaciones, el reloj que anima
esta imagen, hermana de la muerte.
Tiempo hecho de un saber que no transcurre,
tiempo de tiempo inhabitable, dime,
¿dónde está
tu victoria?

1992

INTEMPERIES

Cuando termine este poema, habrá dejado de nevar.

Cada palabra que escribo gotea sobre mi cuaderno.
He caminado cinco largo años
a través del desierto, de un oasis a otro,
con el viento a mis espaldas y sin mirar atrás. La arena ardía
como un temblor. Al fondo, caravanas,
una hilera de nombres que no quise ver.
Ahora la noche llega hasta mi cuarto.
Llama a la puerta, avanza, me sonrío
y se apoya en mis ojos para descansar.

1993

ZOEY, O DE QUÉ COLOR SON LAS PRINCESAS

Foundrous wilding weeds endear paradise

Louis Zukofsky

Los impactos de luz no son el día,
aunque canten la vida que no sé
y haya un sol tan extraño
que aspire a serlo sin palabras, sin
viejos nombres, sin furia, sin misterio,
ese albor de la muerte donde se asienta el mar.
Yo ya no juego con la luz. No quiso
saber de mis raíces, de las sensaciones
que me acunaron, las que observo en ti,
sumida, como estás, en el instante
frágil de una niñez que una vez fue mi reino.
En lo más hondo de su plenitud
hay un candor que inventa mediodías
con el fluir concreto de las horas:
un mundo hecho de cosas que se dan y perduran
transmitiendo su flujo copo a copo.
Mientras, el tiempo (que no se repite)
me circunda. Héme aquí. Ya no podría
abrir mis puertas a tu amanecer,
pero la noche ha sido mi morada,
y aún puedo percibir, sin su desasosiego,

ese aluvión de estrellas y de auroras en flor
que reclaman su cuota de rocío.
Si parco fui, tu sueño se ha vengado
de mi silencio, en esta concha
donde reposa el río que nos lleva.
Dejemos que su claridad disuelva mi costumbre.
No intentaré siquiera comprender.
Un árbol no comprende el viento que lo visita.

1995

TOPOGRAFÍAS

I

Finisterre

Hacia el final, los cantos de sirena,
esa otra forma del silencio, el sol de
su juventud, que no me reconoce,
(tal vez así la muerte pueda verme la cara)
el camino de piedra junto al acantilado,
la barcaza que cruza la bahía,
este mar que anochece de luz gris y gaviotas.

II

Barrón

El valle está desnudo y la verbena
crece en los arriates del portal.
De vez en vez, bajo el clamor de un cielo
salpicado de cúmulos y golondrinas,
un orfeón de grajos
pauta el vaivén de la tormenta,
anunciando una lluvia que no termina de llegar.
Un automóvil cruza. Hay un zumbido
de moscardón. Al fondo, las montañas,
donde los brezos fingen ser ribera,
un mar de trigo sueña entre las olas
con una incierta levadura. Escúchame,
tú que acompañas mi monotonía

y no preguntas ni conoces
qué azar extraño nos condujo aquí;
por los cristales rotos de la iglesia
la noche inscribe sus metáforas,
el deterioro de una luz que ardía
sobre los pábilos, sin compasión;
los muros grises donde anida el viento,
el roble erguido junto a la vereda.
Entre sus ramas ya
tan sólo crecen las lechuzas.
Agosto emerge de su vuelo, dice
que nada ocurre en vano, que
también hay flores donde muere el sol.

III

Monasterio de Yuso

Escribir en tiniebla es un mester pesado.

El peregrino nunca mira atrás.
Sabe que el día es corto y que el camino
habrá de anochecer. Por los recodos
siente el verdor del valle. Noches hubo
en que otros ojos, con igual deseo,
bajo la misma luna, y un aroma
idéntico de vides y de almendros sin fin
buscaron ver la sombra que dormita
tras de una misma oscuridad. Descansa
su cuerpo sobre un tronco. Ya no duele.

Siglos de un mismo amor que no transcurre
son todo su equipaje. Sabe que
la pasión de vivir horada el cielo.

IV

Laguna negra

Este camino es largo y el verdor silvestre

apenas sobrevive bajo un sol de justicia.
El río que aquí nace no es de oro
pero su canto aplaca la amarilla
sed de la tierra. El viento gime
entre las hojas. Su temblor agita
las carrascas rebeldes y el helecho
con una luz que yo no conocía.
Sigo subiendo y tras las rocas
veo un mar estancado, noche arriba.
Los pinos crecen en los roquedales
sobre un humus de piedras y de hormigas,
y hay un enjambre de raíces
buscando a duras penas la salida
a un aire libre que es prisión, que arroja
juncos inermes en la orilla.
El tiempo escribe en la pizarra
una inconcreta sequedad caliza.
Lejos, la historia y la ciudad, los olmos
viejos de que me hablaste, las colinas
plateadas, las cárdenas roquedas,

lo que otros vieron sin nosotros. Mira,
tú y yo somos ahora su horizonte.
El agua es aquí sombra y no termina.

V

Sacratif

¿Por qué, dices,
los ríos y la noche
eligen su camino,
pero no su caudal?
Fue el exilio de ti
quien me dio nombre.
En un mar me nacieron,
vuelvo al mar.

1995

L'autor ha llegit aquests poemes al Centre de Cultura «Sa Nostra»

el dia 19 de desembre de 1998



-
30. BARTOMEU FIOL. *Canalla contra establishment*
 31. MARIA VILLANGÒMEZ. *Entre la mar i el vent*
 32. CÉSAR ANTONIO DE MOLINA. *Poemas*
 33. LUIS ALBERTO DE CUENCA. *Poemas*
 34. M. LÓPEZ CRESPI. *L'obscura ànsia del cor*
 35. SEBASTIÀ ALZAMORA. *Formes del cercle*
 36. ÀNGEL CAMPOS PÁMPANO. *Poemas*
 37. LUIS MUÑOZ. *Poemas*
 38. JUAN BARJA. *Las noches y los días*
 39. ANTONIO GAMONEDA. *Poemas*
 40. ÁLVARO SALVADOR. *Diez de últimas*
 41. ÀNGEL TERRON. *Al·lotropies*
 42. JAVIER JOVER. *Urano en la casa doce*
 43. RAMIRO FONTE. *Poemas*
 44. ÀNGEL GONZÁLEZ. *Poemas*
 45. JOAQUÍN BENITO DE LUCAS. *Poemas*
 46. DAMIÀ HUGUET. *Les flors de la claror*
 47. ENRIC SÒRIA. *Poemes*
 48. JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN. *Cuaderno de Valldemossa*
 49. JORDI VIRALLONGA. *Con orden y concierto*
 50. DIEGO SABIOTE. *Las nubes eran blancas*
 51. JOSÉ ANTONIO MESA TORÉ. *Poemas de la bahía*
 52. JOSÉ CARLOS ROSALES. *Club náutico*
 53. FRANCISCO BRINES. *Selección de poemas*
 54. JEAN SERRA. *Poemes*
 55. VICENTE GALLEGRO. *Poemas*
 56. ÁNGELES MORA. *Canto de sirenas*
 57. XAVIER RODRÍGUEZ BAIXERAS. *Poemas*
 58. CARLOS MARZAL. *Poemas*
 59. MARIA VICTORIA ATENCIA. *Poemas*
 60. RAFAEL JUÁREZ. *Lo que vale una vida*
 61. ANA ROSSETTI. *Poemas*
 62. ANTONI VIDAL FERRANDO. *Poemes*
 63. JAIME SILES. *Poemas*
 64. ELOY SÁNCHEZ ROSILLO. *Poemas*
 65. MEMÒRIA DE MARIA ANTÒNIA SALVÀ
 66. JAUME ROSSELLÓ MIR. *Llum vol dir ombra*



Universitat de les
Illes Balears

"SA
NOS
TRA"

Obra Social
i Cultural